



Presentación del libro *Rastrojos* de Miguel Soler Roca

FUM-TEP (Federación Uruguaya de Magisterio-Trabajadores de Educación Primaria) ha recibido la donación del manuscrito de *Rastrojos*, último libro del maestro Miguel Soler Roca, que hemos editado y publicado a través del Fondo Editorial QUEDUCA.

El libro fue presentado el 8 de mayo de 2019, en el marco de la inauguración del XII Congreso de FUM-TEP.

A continuación se transcriben las palabras que el maestro Limber Santos pronunciara en ocasión de dicha presentación. Limber Santos, maestro vinculado a QUEHACER EDUCATIVO y a todos los maestros del país a través de su trabajo actual por las escuelas rurales y todos quienes las habitan.

Y vaya para el maestro Miguel Soler Roca –referente actual de la Pedagogía Nacional para muchos docentes– nuestro profundo agradecimiento en nombre de todo el equipo de QUEHACER EDUCATIVO. El maestro Soler seguramente leerá con avidez la magistral presentación de su libro, realizada por el maestro Limber Santos.

También hacemos pública la hermosa carta del maestro Miguel Soler Roca, dirigida a los colegas y amigos en ocasión del XII Congreso de FUM-TEP, conscientes de que los *rastrojos* de su pensamiento serán semiente para todos los maestros y maestras que hoy estamos y para los que vendrán.

Mtra. Teresita Rey
Codirectora de QUEHACER EDUCATIVO

Sobre *Rastrojos* de Miguel Soler Roca

La prolífica, extensa e intensa vida de mi querido amigo Miguel Soler Roca ha producido estos *rastreros* que hoy llegan a nuestras manos. No son, sin embargo, meros residuos de obras, experiencias y publicaciones más importantes aparecidas a lo largo de más de setenta y cinco años. Constituyen, por el contrario, una obra extremadamente valiosa por sí misma que, tal como los rastros que quedan luego de la cosecha, abonan nuevas siembras.

A juzgar por las fechas originales de producción, su formato y las temáticas, nos podrían parecer textos que se conectan solo por su autoría. Sin embargo, representan mucho más que eso. Se despliegan como un mapa a escala amplia de un conjunto de valores, ideas y miradas que, como telón de fondo, están siempre presentes bajo cada título y en cada línea. Es un mapa que representa un vasto territorio tanto geográfico –desde los campos uruguayos hasta los catalanes pasando por los desiguales territorios de América Latina– como temporal –setenta y cuatro años de distancia entre el primer y el último *rastrero* de esta selección–.

Aunque, como señala el propio Miguel, este libro no presenta un tratamiento estructurado de temas sobre educación, hay en él hilos conductores que aparecen una y otra vez. Señales de identidad conceptual tales como el antimilitarismo, el valor de la educación pública, la lucha contra las condiciones de pobreza e injusticia social, el estar del lado de los más desprotegidos, el enfrentamiento a las decisiones políticas más reaccionarias y crueles contra los pueblos, se mantienen como mensajes sometidos a una tenaz y necesaria insistencia. Se trata, en este sentido, de un mapa que refleja un territorio de ideas, de pensamiento y de acciones concretas.

Voy a ir más allá. Los *rastreros* que nos ofrece Miguel ahora vienen a anticipar unos y a reflejar otros, la construcción pedagógica de la que es parte. Miguel Soler ha tenido el enorme mérito de expresar por medio de la palabra escrita aquello que, en esencia, ha sido una tarea de muchos. La educación es siempre una labor colectiva y esto se materializa en el *movimiento en favor de la escuela rural* que, a mediados del siglo XX, diera lugar a lo que yo



denomino *Pedagogía Rural Uruguaya*. En estos *rastreros* se dejan entrever los fundamentos de una pedagogía autóctona, respetuosa con los docentes y las comunidades, sensible ante el sufrimiento humano, de fuertes vínculos entre teoría y práctica, culturalmente rica y diversa, internacionalista, pacifista y de alcance universal. A pesar del adjetivo *rural* no es una pedagogía que se limite al campo y sus circunstancias. Como los *rastreros* muestran, sus principios rectores se aplican tanto en la descripción de los niños de Los Vázquez en 1943 como a los gamines de Bogotá en 1991.

Los *rastreros*, sobre todo los inéditos, nos trasladan al origen mismo del pensamiento pedagógico compartido y vivido en su momento con Julio Castro, Abner Prada, Enrique Brayer, Yolanda Vallarino y tantos otros. Se trata de textos que nos muestran el detalle de la percepción inicial, la imagen descarnada desprovista de artilugios académicos, la sensibilidad a flor de piel ante el drama humano, la impotencia de la educación ante esa realidad y, a la vez, la negación de renunciar a transformarla. Estas descripciones de la más cruda realidad constituyen un acto de rebeldía o de denuncia, una acción decidida a no permanecer callado ante la injusticia. Pero estos efectos políticos y pedagógicos de romper el silencio y alertar sobre las condiciones de la vida campesina en esos años, no serían tales si no estuviesen acompañados de forma alternada por textos analíticos y propuestas concretas de acción en territorio.



La tensión está marcada entre las posibilidades que tienen la educación y los educadores de intervenir para modificar la realidad y los límites que son tan reales como aquellas. En la descripción de las infancias de Los Vázquez y las de Bogotá esto se evidencia claramente: no nos podemos quedar de brazos cruzados por abrumadora que sea la realidad, aun cuando seamos muy conscientes de lo limitado que resulta nuestro accionar. Esta conciencia acerca de los límites de la educación tiene un doble origen. Cuando Miguel era todavía un niño, en esta ciudad de Montevideo los maestros comenzaban a hablar de verdad sobre la escuela rural. Y en ese escenario, políticamente convulsionado por la víspera de la dictadura de Gabriel Terra, la maestra María Espínola Espínola expresaba: *la escuela sola no puede*. El magisterio rural comenzaba a construir conciencia acerca de la naturaleza de los problemas sociales, económicos y culturales que se presentaban en torno a una escuela tan pobre como el medio. Parte de esa conciencia suponía extender la labor de la escuela más allá de lo estrictamente educativo, más allá de la labor solitaria de los maestros y más allá del propio edificio escolar. El segundo origen lo tiene al propio Soler como protagonista directo. En los fundamentos, concepto y fines del *Programa de Educación Primaria para las Escuelas Rurales* de 1949 se expresará: *crear que una reforma educativa va a cambiar la sociedad es antinatural y antihistórico*.

Los *perfiles infantiles* de Los Vázquez son, sin dudas, los *rastrojos* con más espinas. Son las páginas más duras de todo el libro y las siete décadas transcurridas no aplacan el dolor. Sobre todo porque esos niños de la década de los cuarenta, aunque lejanos en el tiempo, se nos vuelven muy actuales en el mundo contemporáneo. Se trata de testimonios del pasado

que se actualizan violentamente cuando recorremos el mundo de hoy y allí están otros Orestes, Eloy, Eulasio, Elbio, Clementina, Manuela, Antonia, Eugenia, Graciliano, Argelio, Dedogrosso, Zulma, Adelia o Efraín. A los tres últimos ya los conocíamos a través de *Réplica de un maestro agredido*; los anteriores y tantos más los venimos a conocer en estos relatos que el joven Miguel cuidadosamente fue escribiendo en aquellos oscuros días de los campos de Tacuarembó. Salvo el último, Miguel se abstuvo durante más de tres cuartos de siglo de publicar esos manuscritos que tenía consigo y que le acompañaron a uno y otro lado del océano. Hoy, que ya no tenemos el drama humano del rancharío rural por estas tierras, Miguel nos advierte. Esto forma parte de nuestra historia y puede volver a formar parte si no estamos alertas, si no nos cuidamos de nosotros mismos. Pero además, esto forma parte de nuestro presente como humanidad que, más allá del artificio de las fronteras, tiene a Argelios y Dedogrossos por doquier, allí donde se fije la mirada, sin las distracciones banales que nos satisfacen ilusoriamente.

Los testimonios de los niños de Los Vázquez tendrían unos meses más tarde y muy cerca de allí un correlato igualmente duro. Su lectura inmediatamente nos evoca los artículos que Julio Castro escribiera en cinco contratapas sucesivas de *Marcha* entre julio y agosto de 1945. Esos relatos, intencionalmente descarnados, describen las condiciones de vida de niños y familias del rancharío de Caragatá en el marco de la primera misión sociopedagógica. Aunque Castro era un gran conocedor de la realidad de los rancheríos a los cuales ya se había referido en varias ocasiones, esta vez implicaban la sensibilidad y la mirada subjetiva de los estudiantes magisteriales que organizaban la misión.

Los límites de la educación, y la fuerza del medio que claramente queda marcado como signo conceptual identitario del Programa de 1949, son anticipados por Miguel en 1943 y brutalmente corroborados en 1966 en el mismo lugar. El anticipo se refleja en los testimonios de estos perfiles infantiles que golpean duramente la conciencia de un educador que, sin embargo, se ve desprovisto de herramientas que permitan resolver más que aliviando la vivencia presente e inmediata. Esto aparece en *Rastrojos* al menos en varias escenas a lo largo de tres escenarios: las que protagonizan sus alumnos de Los Vázquez, la de los niños de Pátzcuaro una década después y la de los gamines bogotanos cuarenta años más tarde. En los tres casos, distantes más de medio siglo entre sí y en muy diferentes pueblos latinoamericanos, el plato de sopa y el atado de ropa, la escucha y la palabra justa, el centavo para que la niña lleve el pedido a su casa, el ofrecimiento del afecto buscado, alivian el momento, generan la sonrisa, satisfacen la necesidad más inmediata, habilitan lo educativo y producen la felicidad espontánea, aun cuando a largo plazo cada cosa volverá al injusto lugar de siempre. La comprobación de la fuerza del medio aparecerá veintidós años después cuando Miguel visita Los Vázquez y asiste al testimonio de los trágicos destinos de muchos de aquellos alumnos. La educación sola no puede, evidentemente. La economicidad y la politicidad del hecho educativo se manifiestan brutalmente en estos testimonios.

La Pedagogía Rural Uruguaya es uno de los raros ejemplos pedagógicos en el mundo, en el que se articulan en su propia conformación la teoría y la práctica. A los años de debate entre maestros rurales en la década de los cuarenta con relación a la especificidad pedagógica de la escuela rural, sus alcances, la necesidad de una estructura curricular propia, la formación específica de los maestros, le suceden luego las acciones concretas en territorio. Es así que las Escuelas Granja, las Misiones Sociopedagógicas, el Instituto Normal Rural y el Núcleo Escolar Experimental de La Mina

aparecen en correspondencia conceptual, técnica y pedagógica con las ideas generadas en el primer período. No es, sin embargo, una pedagogía que vaya de la teoría a la práctica. Las formulaciones teóricas de mediados de la década de los cuarenta ya están impregnadas de experiencias, las del *Canario* Julio Castro a partir de su natal La Cruz, las de Miguel en Los Vázquez y la que reflejan tantos Libros Diarios escritos por cientos de maestros de aquellos años.

La biografía de Soler acompaña este movimiento de experiencia, reflexión y nueva experiencia, tomando lo mejor del medio y su realidad, y a la vez tomando lo mejor de modelos de intervención de referencia como el de *educación fundamental* de la UNESCO. Aun así, su aplicación práctica en estas tierras refleja de qué manera aquellos vientos continentales, así como los universales escolanovistas, se ven atravesados por ideas propias de una pedagogía en construcción. Esta pedagogía de y para maestros rurales le confería a los preceptos de la educación fundamental y de la Escuela Nueva, un carácter muy dialógico con las comunidades, de valoración del medio desde su profunda comprensión, casi de incipiente conciencia de lo que más tarde sería entendido como el relativismo cultural. En la deriva entre experiencia original, procesos de discusión colectiva y nueva experiencia, también se ubica Miguel con el Núcleo de La Mina tratando de cerrar el círculo.

Estos *rastrojos* reflejan etapas sustanciales de la vida de Miguel: la mirada atenta y adolescente, junto con su padre, de los avatares de la guerra civil española; sus primeros textos publicados con veinte años de edad sobre Eugenio María de Hostos; su primera experiencia laboral en la dura campaña del norte; sus años de formación en México que alimentarían mucha historia posterior en nuestro país; los años de jubilado de los que se derivan la mayor parte de los *rastrojos* recogidos en este volumen. Miguel es el jubilado de mayor producción intelectual que conozco y eso da cuenta de su vitalidad y del máximo aprovechamiento de su experiencia. Los *rastrojos* de esta etapa son los que denotan mayor diversidad por cuanto provienen de cientos de temas que, como especies múltiples, han florecido todos estos años.

Con los testimonios que Miguel nos comparte en este libro se viene a completar el más rico panorama que se haya hecho sobre la realidad más pobre. Los rancharíos rurales comienzan a describirse y conceptualizarse por Julio Castro desde las páginas de *Marcha* y de su libro *La escuela rural en el Uruguay*. Más tarde, en las vacaciones de invierno de 1945, los estudiantes magisteriales pondrían en las palabras de su profesor acompañante Julio Castro su sensibilidad a flor de piel ante aquella inquietante realidad. Resulta esto último un paso sustancial como ejercicio de denuncia para abrir los ojos a una aristocracia capitalina aletargada por la ilusión de bonanza homogénea. Los testimonios de





aquel joven Miguel Soler son manuscritos producidos de forma contemporánea con los análisis y descripciones de Julio Castro. Pero publicados ahora vienen a completar una percepción históricamente construida, vienen a contribuir a nuestra propia toma de conciencia de lo sucedido y vienen, una vez más, a revalorizar a los maestros y a la escuela pública que estaban allí, dando batalla cada día.

Algo similar sucede con los cimientos conceptuales del Núcleo Escolar Experimental de La Mina, con el exhaustivo detalle descriptivo de la vida cotidiana en el Centro Regional de Educación Fundamental para América Latina, el CREFAL. Al material institucional que la UNESCO difundía en la época acerca de las actividades de formación en la Quinta Eréndira y las prácticas realizadas en las poblaciones a orillas del lago Pátzcuaro, se suma el excelente informe sobre Educación Fundamental que Miguel publica a su regreso en los *Anales de Instrucción Pública*. Pero no hay nada mejor que el diario –voluntario en este caso– para dar cuenta de la vida misma, día a día, vivida por uno de sus becarios. Este afán de sistematización y de registro permanente, típico de Miguel, genera estos frutos como impulso solidario. El diario no es novedad como texto pedagógico. Ya Jesualdo nos había hecho conocer su experiencia en Canteras del Riachuelo a través de un diario novelado. Aunque novela, aquel era claramente un texto pedagógico. Del mismo modo, aunque diario personal, este es, a la luz del tiempo transcurrido, un documento pedagógico de gran relevancia por cuanto nos ubica en la época y nos permite, asimismo, anticipar lo que será el espíritu que guíe la experiencia de La Mina.

En efecto, en el diario sobre Huecorio y Colonia Ibarra se deja ver una impronta social y de diálogo, alejada de la

imposición cultural, pero tampoco indiferente ante realidades poco humanas y humanizadoras. También, claro está, la comprobación cotidiana de los límites de las acciones individuales y colectivas ante el drama social. También, más claro todavía, la esperanza de superación y la convicción acerca de la posibilidad de un futuro más promisorio.

La pedagogía es una disciplina algo extraña. A juzgar por sus productos, los textos pedagógicos asumen muy diferentes formatos. El ensayo, la crónica periodística, la poesía, el testimonio, el diario, la fotografía o el dibujo pueden expresar conocimiento pedagógico. *Vida de un maestro* es un diario novelado, pero no cabe duda de que es un texto de prescripción pedagógica. Del mismo modo que el diario de Miguel en esos días de Pátzcuaro es mucho más que un diario, sobre todo a la luz de la distancia temporal que, como un buen vino en la bodega, ha madurado y adquirido plenitud de sentido. Del mismo modo, los registros fotográficos que se incluyen en este libro y otros muchos que Miguel fue tomando y guardando celosamente, han devenido en textos pedagógicos de enorme valor.

Lo anterior se vuelve señal de identidad de la pedagogía rural uruguaya, sobre todo porque refleja una característica mucho más profunda. La pedagogía adquiere riqueza conceptual no solo porque asume diversos formatos textuales; también asume una personalidad propia al dialogar con otras disciplinas y otros mundos. Los textos de la pedagogía rural uruguaya, siendo textos pedagógicos, no se refieren solo a la educación y a lo educativo. Se trata de textos culturalmente amplios que interactúan con el periodismo, la literatura, la política, la historia y la economía. Están sumergidos en una atmósfera de debate e intercambio, en la que ningún acontecimiento político y cultural del mundo resulta ajeno.



Esta impronta surge de un maestro que lee los diarios, que levanta la vista más allá del territorio donde se encuentra, que tiene sensibilidad por lo humano sin importar donde se encuentre, que sufre el militarismo en el mundo en carne propia, que padece con el otro –al decir de Adela Cortina– en una actitud que no solo supone el esfuerzo de ponerse en el lugar del otro. Se trata de compartir *in situ* y de forma corpórea el sufrimiento, el dolor, las satisfacciones y el beneplácito al final de la jornada, con los demás y entre todos.

Sobre el final, permítanme compartir algo de mi propia cosecha de rastros, surgidos de las conversaciones y momentos compartidos con Miguel desde hace unos cuantos años. Comenzamos a conversar en un momento y un lugar emblemático para la historia pedagógica que estamos relatando: el Congreso de Maestros Rurales “Jesualdo Sosa” que FUM-TEP organizara en Piriápolis en 2005. En ese mismo año, varios de nosotros tuvimos oportunidad de dialogar con él en el Encuentro Nacional de Maestros Rurales en el marco de la ATD Nacional de ese año. Eran días de la aparición de *Réplica de un maestro agredido* que todos conocemos. La expresión de Miguel que mucho recordamos de esos encuentros, dirigida a los maestros rurales, fue: *hay que empatotarse* en la búsqueda de superar la invisibilización de la escuela rural.

Voy a hablar de Saba Abu Arar y de Alan Kurdi, conscientes del extrañamiento y ajenidad que podrían provocar sus nombres.

Nada nos debería resultar ajeno. Nada de lo humano está demasiado alejado como para no sentirlo como propio. En *la diaria* del pasado lunes, la imagen del cuerpo de Saba Abu Arar de catorce meses de edad, fallecida en los bombardeos de Israel a la franja de Gaza durante el fin de semana, nos abofetea insoportablemente. Imagen que nos recuerda de inmediato, la del niño sirio Alan Kurdi de tres años de edad, muerto en 2015 en las costas del Mediterráneo en Turquía que, junto con su madre y hermanos, intentaban llegar a las costas europeas. Hace no mucho tiempo, Miguel compartía una rueda de diálogo con docentes y estudiantes en el Centro Agustín Ferreiro. Apesadumbrado por las noticias de esos días, marcadas por los intensos ataques sobre El Líbano, Miguel, haciendo notar la imposibilidad de la indiferencia de todo educador, nos decía: *no hay que aflojar un minuto en la lucha por lo humano y lo humanizador, porque la historia nos indica que en cualquier momento, a la menor distracción, el hombre puede convertirse en una bestia*.

Detrás de las imágenes de los diarios hay miles de imágenes anónimas que, como Miguel en Los Vázquez en el lejano 1943, solo las ven los educadores. Esto nos ubica en ese lugar de tomar partido, partido hasta mancharse, como en la poesía de Gabriel Celaya. Estos rastros son generosamente compartidos por un compañero ubicado en ese lugar del compromiso con la vida y, haciéndolo, nos arrastra a todos a dar día a día lo mejor de nosotros mismos. Y ahí quedarán, rastros que ya fuera de nosotros mismos, algún día echarán frutos.

Limber Santos Casaña
8 de mayo de 2019

Palabras de Miguel Soler Roca en ocasión de la presentación de su libro *Rastrojos*

Colegas, amigos, amigas:

Debo pedirles que acojan con benevolencia mi ausencia personal en este acto. Mi edad me limita a saludarlos por medio de estos párrafos, portadores de los sentimientos más fraternos. Auguro, a la vez, que este décimo segundo Congreso cumpla satisfactoriamente sus objetivos, cuya importancia me consta.

Agradezco que la presentación de *Rastrojos* sea parte de este acto. Es un libro que se escribió solo y poco a poco, que reúne diversos trabajos míos escritos entre 1942 y 2016, es decir, a lo largo de setenta y cuatro años. Lo he dedicado a la memoria de Daniel Viglietti, cuyo canto tantas veces apoyó a la educación pública.

Victor Brindisi me propuso que fuera publicado por el Fondo Editorial QUEDUCA de FUM-TEP. Para mí fue un gusto trabajar en su preparación con Marion Ikwat y Alejandro Olveyra. Colaboraron también María García, desde Madrid y, más cercanas, Elsa Gatti y Lilián D'Elia, así como mi asistente Juan Todaro. Me complace saber que Limber Santos haya tomado a su cargo la presentación crítica de *Rastrojos*. A todas estas personas expreso mi sincera gratitud, advirtiéndoles a los lectores que nada de lo que el libro contiene es de su responsabilidad, sino exclusivamente de la mía.

A este saludo quisiera añadirle tres reflexiones.

La primera es recordarles que la FUM nació en 1945. Durante setenta y cuatro años ha preservado una ejemplar unidad, acompañando la trayectoria del país. Es fundamental mantener esa unidad, acogiendo la diversidad de ideas, pero sin menguar la defensa de principios irrenunciables propios de nuestro sistema educativo, y sin decaer en la lucha por lograr que este sea dotado de un presupuesto suficiente y su personal sea retribuido con salarios que garanticen su dignidad y su influencia ética y profesional en el seno de la sociedad.

Mi segunda reflexión pretende recordarles que la educación está situada en su contexto. La función civilizadora de la escuela integra, por un lado, la política educativa nacional y, por otro, las propuestas del programa de estudios en su circunstancia contextual. Debemos proseguir el esfuerzo por hacer de los centros docentes ámbitos activos y positivos en la vida de la comunidad, reteniendo como válido el consagrado concepto de escuela como Casa del Pueblo.

Tercera reflexión. Debemos rechazar las tendencias que pugnan por hacer de la educación básica un insumo prioritario del crecimiento económico. No queremos que los requerimientos de las empresas desplacen lo que para nosotros es el objetivo prioritario: orientar los procesos educativos básicos atendiendo fundamentalmente al desarrollo personal de nuestros alumnos. No es correcto que en la educación inicial y primaria contribuyamos a capacitar mano de obra, sino a la construcción de una ciudadanía libre, solidaria y creativa.

Se consolida el incremento de la fabulosa riqueza de unos pocos, mientras persiste el bloqueo de la pobreza a que siguen siendo condenados mil millones de seres humanos.

Con alcance universal, en gran medida por la expansión de las TIC, se viene extendiendo un cierto pensamiento único y el estilo de vida individual y colectivo propio de un capitalismo que está enfrentando una crisis cuyo desenlace todavía nos es desconocido. Me preocupa la amenazante evolución de algunos valores rectores de la sociedad actual y la generalización de comportamientos contrarios a la feliz realización de toda persona.

Los educadores sabemos bien que este marco económico y político afecta los derechos de nuestros alumnos y los resultados de los procesos de enseñanza y aprendizaje. El combate contra la pobreza, prioritario para la acción sindical, ha de ser colectivo y perseverante, sin apelar a la competitividad, los *rankings* y las privatizaciones. Desde sus orígenes, la FUM trabaja a favor de la plena vigencia de los derechos humanos, las libertades fundamentales y la paz. No me caben dudas: lo seguiré haciendo, profundizando el estudio y la denuncia de todo lo que pueda oponerse a lo que nuestro prócer llamaba "la pública felicidad". Nuestro gremio tiene el derecho de hacerse oír en los medios, en los centros académicos y en la calle toda vez que nuestra palabra pueda contribuir al progreso, a la equidad, la justicia y la paz.

Al emitir estas reflexiones no es mi propósito encomendarles a los docentes tareas adicionales a las que ya tienen asignadas. Deseo, sí, que mis colegas bien formados, bien retribuidos y bien organizados, tengan la satisfacción de contribuir a la felicidad del Pueblo.

Gracias por haber escuchado la lectura de estas palabras. Con mis votos por el éxito del Congreso los abraza fraternalmente

Miguel Soler Roca

